



San Benito, gran bienhechor de la humanidad

A los primeros pasos de los apóstoles, floreció el Mediterráneo con núcleos cristianos. Durante los cinco primeros siglos, el Oriente presencié el nacimiento del ascetismo. Surgen monjes como S. Antonio y San Pablo, el primer ermitaño. Irlanda quedó bañada en las luces del monasticismo. San Patricio, su apóstol; entre los recursos para la conversión de la isla, fundó un monasterio en Armagh. La Historia recuerda a Columba en Suecia, a Aiden en Inglaterra, a Gall en Suiza, a Friedolin, a las orillas del Rin, a Fiacro en Meaux, a Kilian en Wurzburg y a Catuldo en el sur de Italia. El celo de los apóstoles y misioneros ha introducido la fe en todas las naciones del mediterráneo y la ha llevado hasta Gran Bretaña, Irlanda, Persia, Armenia, Germania, Arabia, Abisinia y Nubia.

Entre las tribus bárbaras, los Visigodos, Ostrogodos, Vándalos y Francos, dieron contingentes de convertidos a la Iglesia. Esta, lo mismo aceptaba al esclavo que al libre, pero ambos, sometidos a la misma ley moral. El avance del cristianismo señalaba profundas transformaciones en las costumbres sociales. En el campo de la justicia, la crucifixión ha sido abolida, el suicidio (virtud entre los paganos) condenado: el aborto y el abandono de niños, declarado asesinato. Los juegos de gladiadores aunque todavía tolerados en los circos, no son sacrificios de inocentes víctimas para diversión del pueblo, sino juego de destreza y audacia peligrosa. Por doquiera la enseñanza cristiana recalca el valor de la vida humana. Los templos paganos ya no son salones de pública degradación. Las orgías pasadas han sido frenadas por el ejemplo cristiano. Testigo Juliano el apóstata, que trató de imponer a la vida pagana, algunos principios sociales del cristianismo. Mucho, pues, se había hecho en los prime-

ros cinco siglos. Con todo, la situación mundial, al fin de este período, era espantosa. El antiguo imperio romano en su degradación arrastró a toda Europa. Por su moral y ética corrompida se preparó para ser pasto y botón de las invasiones bárbaras.

Las herejías que pululaban por doquiera desgarraban la unidad de la Iglesia. Ningún estado en Europa pertenece en bloque a la fe católica. Solo Irlanda, gracias a San Patricio, era cristiana desde el rey hasta el siervo. Entre los años que corren desde la caída de Roma en 476 hasta la ascensión del emperador Justino, de Bizancio en 518, se encuentra el historiador con las cuatro décadas peores de la civilización.

En medio de esta oscuridad brilla una luz. Es Benito que, sin saberlo, va a regenerar el mundo occidental. Nació en la ciudad de Nursia en 480, cuatro años antes de que Odoacro, jefe de los Hérulos, terminase con la vida del imperio romano.

Enviado el joven a Roma para sus estudios, pronto huyó de la ciudad, acompañado de su confidente y aya, Círila. Pero, a unas 50 millas de la ciudad, Benito le ordenó que volviera a la capital y él se internó en las intrincadas colinas, junto a las cascadas del Anio. Allí, donde cuatro siglos antes, Nerón se entregaba a sus orgías y bacanales, encontró una cueva que por tres años había de ser su templo y morada. La fama de un asceta y penitente atrajo curiosos y a los tres años de vida solitaria, Benito se hallaba asediado por bárbaros y patricios. A través de la maleza, matorrales y espinos, abrieron un camino y en Subiaco vivió hasta que, a instancias de otros monjes, se puso al frente de un pequeño monasterio en Vivocaro. Más tarde, sobre la cumbre de un alto, abrupto y desolado monte que domina el valle de Liris, le-

A TRAVÉS DEL MUNDO

vantó el monasterio de Monte Casino. Pronto apartó del paganismo a los pueblos limítrofes, cultivó la árida altiplanicie de la montaña, limpió las tierras del valle, construyó monasterio e iglesias, practicó la hospitalidad y escribió la regla que iba a ser la base de la regeneración del mundo occidental. La regla reconoce la multiplicidad de naciones con tradiciones, leyes y culturas diversas: la diversidad de clases sociales desde el emperador pasando por la aristocracia, los magistrados y comerciantes, hasta los siervos de rango inferior o esclavos.

Pero al mismo tiempo observa S. Benito que la sociedad humana tiene su clave de unión en la familia y que ésta es la base fundamental de todas las naciones, pueblos, tradiciones y costumbres. En medio de las variaciones y divergencias de cualquiera clase, siempre la familia es la unidad de la sociedad humana. Por lo tanto, mientras saliendo del individualismo, la Iglesia no trate de influir en ese núcleo social, será su acción superficial y transitoria. La reforma de la moral y de la sociedad humana, por su carácter social debe tener orientación social. Por esta razón imprimió a la vida monástica el sello de la vida familiar y a esta vida familiar le inyectó las virtudes del Evangelio. La Regla no es más que el Evangelio convertido en normas prácticas y posibles para los millares que van a seguirle.

San Benito no se ordenó de sacerdote, ni escribió nada fuera de la Regla. Nunca entró en sus planes la creación de un sistema escolar, ni la conservación de los clásicos de la antigüedad, ni la construcción de catedrales y monasterios, ni la conversión de un continente, ni soñó en su influencia sobre instituciones y mucho menos en la regeneración del mundo occidental. Pero fue tan plena la aceptación de la Regla Benedictina que la organización de la vida monástica, se modificó conforme a ella. Y llovieron las vocaciones, como nunca hasta entonces en la historia del cristianismo. Grupos de doce monjes, en memoria de los doce apóstoles, salían a fundar nuevos monasterios y casi siempre levantaban sus casas o en las colinas o en las faldas de las montañas.

Los primeros monasterios se fundaron en terrenos baldíos. Este hecho influye decisivamente en la historia de la civilización. Al pie de las colinas se extendían terrenos pantanosos. Se imponía el drenaje: puentes sobre arroyos y ríos, caminos, etc. La necesidad económica convirtió a los Benedictinos en abanderados de la agricultura y horticultura, en maestros de la cría animal y la apicultura. Por pura necesidad, pusieron los monjes su actividad física y mental, en transformar el estéril erial en campo productivo. Establecieron sus claustros entre las tribus nómadas de Europa. En torno de los monasterios brotaban ciudades. Fulda, el monasterio de San Bonifacio, era un rincón desolado en medio de sombríos bosques. Pronto el bosque clareó. Los pantanos fueron dre-

nados, los animales domesticados, los campos arados y sembrados en los surcos las semillas para el sustento diario. Los nómadas se hicieron a la vida asentada del agricultor y las tribus arraigaron en torno de los muros monásticos. Dentro de ellos reinaba la autoridad, la justicia, la caridad y la hospitalidad. El rudo pagano vió el contraste: indagó su causa. La halló en la vida espiritual.

Brota abundante en épocas de fe la cosecha de vocaciones y ya no eran solos los grupos de doce los que fundaban nuevos monasterios, sino que cada uno se desarrollaba rápidamente. El monasterio se construía como unidad autosuficiente. Siempre enmurallado, pues el hábito y la clausura, separaba a los monjes del mundo. Los planos eran ideados por los religiosos. He ahí por qué los Benedictinos fueron durante siglos, los principales arquitectos de Europa. En la construcción debía atenderse a todas las fases de la vida monástica. Por ser esa vida fundamentalmente religiosa, la Iglesia formaba el centro del plano y luego venían todas las dependencias. Así en Inglaterra en torno de la catedral se agrupaba el monasterio y en torno del monasterio brotarán más tarde pueblos y ciudades. Pero el monasterio era entonces el hospital de Europa: había que señalar una parte para los enfermos, locos y lisiados. Era un asilo y tenía que cobijar al necesitado y anciano. Era un orfanotrofio y debía albergar los huérfanos. Era una escuela porque tenía que educar a los niños. Desconocidos aún los hoteles, el monasterio era el único refugio para el viajero.

Dentro de la clausura, se levantaban diversos edificios necesarios a la autosuficiencia económica: graneros, gallineros, molino, tahona, herrería, cervecería. El carretero, el tintorero, el hilander, el tejedor, el batanero, el sastre, el carnicero, el carpintero, el escultor y el orfebre, todos tenían allí su puesto y actividad.

En el centro del patio circular, a donde convergían todas las dependencias del monasterio, se levantaba una cruz de piedra. Al rededor de ella se tenía el mercado y la feria. Con los Benedictinos, Cristo debía presidir el mercado.

En la Edad Media los mercados tenían libre acceso para todos. El precio era inferior al ordinario, pero siempre tal que ofreciera un margen de ganancia. El comercio no había que confundirlo con la caridad, pero había que combinarlo con la justicia. El monasterio trataba de nivelar los precios y como en esas aglomeraciones se filtraban ladrones y usureros, un cartelón en grandes caracteres alertaba a los asistentes "SEA CAUTO EL COMERCIANTE".

San Benito creó el primer mercado de trabajo libre en Europa. La Ley feudal sujetaba el siervo a la gleba. El monasterio fué un asilo para el pechero.

Por seis siglos el benedictinismo floreció. Al nacer, no

A TRAVÉS DEL MUNDO

encontró una sola nación cristiana dentro de los confines del antiguo imperio; en su eclipse toda Europa era cristiana. El benedictinismo en su forma primitiva languideció, porque hombres perversos y egoístas, reyes, señores y a veces prelados, envidiaron la riqueza producida, merced al trabajo rudo e inteligente de los monjes en las tierras del monasterio. Además las contribuciones militares pesaban excesivamente sobre estos centros.

La Regla Benedictina había creado autonomía local para cada uno de los 35.000 monasterios en Europa. Esta autonomía pasó con frecuencia a manos extrañas al convento. El nuevo terrateniente, ausente, destruyó la antigua pura democracia. Las ideas de la familia se deshicieron porque el Abad ya no estaba en casa. Las sencillas escuelas monacales cedieron el puesto a las orgullosas universidades que con sus acerbas disputas y profunda erudición trataban de reemplazar los verdaderos valores educacionales del trabajo, oración, caridad y obediencia. Las bibliotecas ahora se enriquecían para orgullo del catálogo y sobre base cuantitativa.

Las vocaciones mermaron, porque la vida monacal era víctima de una conspiración por arrebatarse los bienes a los pobres de Dios y traspasarlos a manos rapaces. Privados del fruto de sus sudores, los monjes comenzaron a pedir más que a producir. Los abades, lejos de gobernar conforme a la regla benedictina, eran con frecuencia seculares despreocupados de toda regla: atentos siempre a sus ambiciones y caprichos, con la arbitrariedad y el despotismo por norma de su gobierno. Ante semejante táctica pronto los 35.000 monasterios de Europa quedaron reducidos a 5.000. Cuando Enrique VIII confiscó los monasterios de Inglaterra, destruyó 26 monasterios benedictinos de abades mitrados, y 71 abadías y conventos. Solamente las abadías mitradas con todas sus dependencias representaban un valor de treinta y ocho millones de dólares.

Para eterno crédito del benedictinismo nunca apareció el pobre en Inglaterra hasta la disolución de los monasterios. Los ancianos, los huérfanos, los enfermos y débiles mentales eran hospitalizados y cuidados por los monjes. A su disolución toda esta obra social fué abandonada y poco a poco, el Estado cargó a regañadientes con esta obligación. Inglaterra, nos dice Luis Ward, de cuya obra entresacamos los datos, gastó unos ocho millones de dólares por año, un siglo después de la disolución, mientras que de seguir los monasterios hubieran empleado doscientos millones de dólares en obra social, seguridad, ancianidad, desempleo, orfandad, asilos y hospitales.

Una obra de esta índole nunca está de más: todos los siglos la reclaman como necesaria.

V. Irlarte.

**"¡YO PUEDO HACER
MÁS NUTRITIVOS
SUS PLATILLOS!"**



KLIM proporciona a usted todo el valor nutritivo de la leche fresca y pura.

Porque Klim es leche fresca, rica en crema. Se pulveriza y envasa según un procedimiento sanitario exclusivo que le permite conservarse fresca indefinidamente, sin refrigeración. Sólo se ha eliminado el agua de la mejor leche de vaca — sin agregarle nada. Simplemente mezcle usted Klim con agua conforme vaya necesitando leche fresca.

Ordene Klim ahora mismo.

**La Leche que se Conserva
Siempre Fresca ...
Y Retiene su Exquisito
Sabor Natural**

Distribuidores exclusivos:
Agencias Rodríguez Sabogal, S. A.
Camejo a Colón No. 7.
Caracas — Venezuela.